

jándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro dia de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timon de *la Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timon roto, el equipage de *la Pinta* lanzó un grito de desesperacion, y viendo en este accidente el mas funesto presagio, rodeó á Colon diciéndole :

—Somos perdidos sino retrocedemos al instante: ¡A España! ¡A España!

—¿Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á espresaros asi? Compañeros, ¿que se ha hecho vuestro valor?

—¡Y qué! contestaban, ¿el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan, si queremos continuar un viage de tan peligrosa temeridad?

—¡Cómo! replicó Colon, ¿un accidente tan comun en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabeis, amigos míos, lo que significa un timon roto? Significa que es preciso componerle; á la obra pues, y dentro de algunas horas *la Pinta* podrá arrostrar todos los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decian entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fria y su calma habian vuelto la confianza al equipage de *la Pinta*. Todos los hombres que le componian pusieron manos á la obra, y el timon volvió en breve á su estado primitivo; pero el almi-

rante comprendiendo cuan importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos, y preparar á sus compañeros contra la repeticion de accidentes como el que habia introducido el desórden á bordo de *la Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos probándoles que la razon rechazaba, repugnaba como una necesidad la interpretacion de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decia él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sabio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignacion los decretos de la Providencia; mas nunca intenta prejuzgarlos. Asi pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordaos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Despues de algunas composturas que exigia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de setiembre á el vasto mar Occidental, donde ningun navio se habia atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, anduvo poco el primer dia; el segundo, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su abatimiento. Parecia que solo entonces apreciaban el motivo de su viage, y espantados de la audacia de su empresa manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperacion, como si ya tocasen al tér-

mino de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heroica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fé en el resultado de la expedicion, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverian á volver á España donde no encontrarian mas que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su gefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Despues de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates, porque preveia que sus compañeros pondrian mas de una vez á prueba su constancia y no tardarian en recaer en abatimiento y desesperacion. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, de pie derecho, teniendo, ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabia que el éxito de la empresa dependia de su asidua vigilancia y que todo era perdido si su energía y su actividad se desmentian un solo instante.

Antes de proseguir nuestra relacion, debemos dar algunas esplicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola: á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno frente del otro, y alrededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotacion: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendi-

cularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los días son iguales á las noches, cuando el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional, y que se llaman meridianos porque es medio día al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla en frente de esta línea.

Se dividen el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados, y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Asi, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste alrededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro día de su salida de las islas Canarias, Colon contrariado por el viento no había avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarian, so-

lo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada dia; así les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de setiembre, que era el sexto dia de su navegacion, se hallaban á los trescientos cincuenta grados de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este dia, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusion duró poco: habrian avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternacion. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al iman es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su punta hácia el Norte, pueden reconocer la noche y el dia, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia que hasta entonces habia sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viage tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil, por consiguiente, figurarse la sorpresa de Colon, y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demas navegantes? La ciencia consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la inclinacion se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parages en que se efectua. ¡Cuántos mas secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternacion mas profunda reinaba entre los compañe-

ros de Colon, que se estremecian al volver su vista al espacio que habian recorrido; espacio que les parecia inmenso; aunque el almirante habia tenido cuidado de disminuirse lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinacion de la brújula, era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolucion en el órden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros, esclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guia, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hácia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la accion é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos, de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento de Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podia alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parages, que entorpecian la marcha de la nave.

—Hé aqui, esclamaban, el limite de que no deben pasar los buques: estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¿Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero, y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fria se sostenian á la altura de tan apuradas circunstancias, les decia:

—Os alarmais por una cosa que debia por el contrario esci-

tar toda vuestra alegría, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos... ¿Es posible que la yerba crezca en medio del mar? Esta vegetacion pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipage vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo, revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la espedicion, no pensaron mas que en seguir con ardor el rumbo hácia aquella tierra que parecia tan cercana.

Mas, ¡ah! las conjeturas que habian hecho á vista de la yerba que cubria la superficie del mar y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y una triste realidad dispó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habian ya recorrido un espacio de setecientas setenta leguas marinas, y todavía no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habian sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta estension de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmuraciones empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas: tan pronto culpan á la reina Isabel, por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decian, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria... pero el viento que viene constantemente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obligemos al almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colon ; algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido , adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡Al mar el almirante! Al mar el autor de todos nuestros males! esclaman; ¡si hemos de perecer, que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á la España la vida de este aventurero, que se ha burlado de ella, que ha espuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¡Qué muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante si cedía un solo momento á la rebelion , si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida, y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intencion?

—Queremos volver á España..... ¡Volvednos á nuestra patria! ¡volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipage, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Quereis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes , porque estábais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar al término de la empresa , quereis alejaros de él vergonzosamente! ¿Sois españoles y tendreis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigia con intencion al orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestacion de sentimientos generosos, advirtió á Colon que no se equivocaba. Por lo mismo exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados, llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! lo reconozco con placer, todavía sois los dignos hijos de la España, y podeis escuchar el lenguaje del honor. Quereis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os habia encomendado, sabiendo que habeis desobedecido á vuestro gefe, y abandonado á los estrangeros el nuevo universo que pudiérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió al almirante.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido? Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegacion ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horrosas privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viages? No; solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la vereis dentro de algunos dias, mañana tal vez, y ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si despues de seguiros, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, ¿quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros mas antiguos de *la Santa Maria*.

—Yo, replicó al instante Colon.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo; y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos, el rey Fernando y la reina Isabel... pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su proteccion.; mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas... es el viento del Sud-oeste.

—¡El viento del Sud-oeste! ¡el viento del Sud-oeste! esclaman los hombres del equipage al ver la nueva direccion comunicada á las velas, estrechándose despues al rededor del almirante, para renovar un juramento que habian estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habian vuelto á entrar en la senda del deber, y habian recobrado toda su confianza en el buen resultado de la espedicion, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otrós indicios de las cercanias de la tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que habia hecho concebir á sus compañeros. Un dia, el comandante de *la Pinta*, que iba siempre delante como la mas valera, dió aviso al almirante de que creia distinguir tierra al Norte; como á unas quince leguas. Esta noticia escitó trasportes de alegría: suplicaron á Colon que se dirigiese hácia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabia que el capitán de *la Pinta* estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigirse hácia el punto designado por Pinzon; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesion que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del

capitan de *la Pinta* hubiera justificado las dudas de la tripulacion acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viage. Un ligero estravio sin resultados podia alterar la confianza que inspiraba, siendo ademas un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrian para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictarle su voluntad. Colon se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viage hartó probaron que se habia conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipage.

Al otro dia por la mañana vieron muchas aves marítimas, y Colon suponiendo que no podrian alejarse mucho de tierra, se creyó que venian á anunciar su cercania. De su engaño participaron tambien sus compañeros, hasta que la sonda desvaneci6 sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aun despues de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos pies. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediacion de las costas. Al caer de la tarde del siguiente dia, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gabias, distraiendo á la tripulacion con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posicion, y al amanecer del siguiente dia, echaron á volar hácia el Oeste.

Poco despues se vió un pájaro de los tr6picos, y por último, un espectáculo estraño, inesperado, causó la mas viva sorpresa á todos los hombres de la espedicion: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atencion, nadie se cansaba de observar la longitud de las estrañas nadaderas que les servian de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducia la tripulacion, que no se tardaria en descubrir tierra; mas los dias se sucedian á las noches, y contra mas avanzaban en aquel Océano sin limites, mas distante parecia la

tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedicion, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa comun con los marineros. Presentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la espedicion dé la vuelta hácia España.

¡Era preciso ceder ó morir: ceder era ir á esponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecia mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados exigian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignacion y de obediencia; si en este plazo no descubria un continente, se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecucion de este convenio con mútuas prótestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; además millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitia alejarse mucho de las costas, volaban hácia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavia, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegacion, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heróica.

Era tal la certidumbre que tenia el almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia da-

do una prueba tan palpable de su proteccion en una empresa tan arriesgada; despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Asi mandó que se plegasen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente (1). Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pie derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitacion, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hácia las diez de la noche, Colon que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un page de la reina, que iba á bordo; le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viagero debia llevarla.

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulacion de *la Pinta* lanza el grito de ¡tierra! ¡tierra! que repetido al instante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido, para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedicion. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulacion de *la Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañado por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirigen al cielo la espresion de su agradecimiento. To-

(1) Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedis de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vió la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de *la Pinta* llamado Rodrigo de Triana.

(Nota del traductor.

dos los corazones palpitan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan espiar por medio de una ruidosa reparacion los ultrages y violencias que han hecho al almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus pies para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor, y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en la lucha contra la rebelion.

La tierra que tenian á la vista era una de las islas Luca-
yas ó de Bahama, y se llama Guanahani. Colon, agradecido al pais á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipage, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplacion ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques, cuyos perfumes y fertilidad revelaba á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetacion vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes, por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Asi los españoles y su noble gefe saboreaban, desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enagenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colon dió por fin la órden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F